

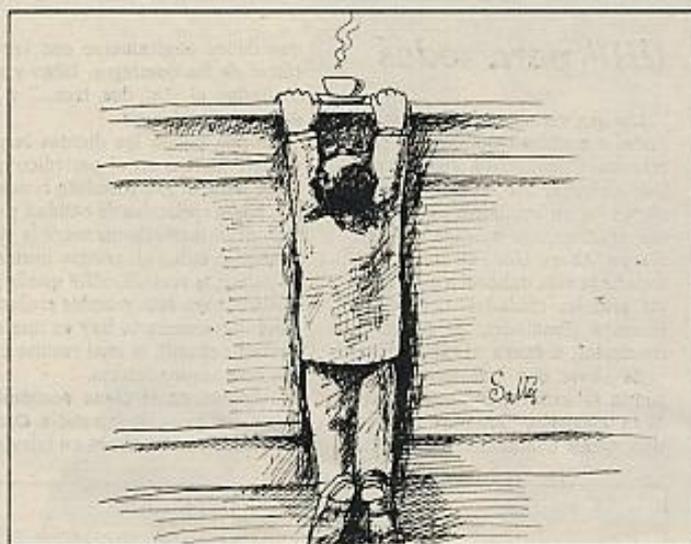
LIBROS

Los intelectuales, ¿una nueva clase social?

Este libro (1) es importante y significativo, porque demuestra la crisis de los intelectuales y su miopía idealista. El autor, profesor de Filosofía, en la Universidad de Praga, intenta convencernos de que ha surgido, sin que nos demos cuenta de ello, una nueva clase social: los intelectuales como movimiento de masa, cuyo poder es determinante en muchos acontecimientos del mundo. En este sentido, atribuye la caída del stalinismo a la influencia que ha tenido el incremento de la cultura intelectual, así como la contestación en Polonia, la Primavera de Praga, el Mayo francés y la Revolución Cultural china, los considera testimonios fehacientes de la aparición de esta nueva clase. Dejando de lado el fracaso estrepitoso de estos hipotéticos movimientos de masas, debemos preguntarnos: ¿qué es el intelectual en la sociedad moderna?

Se le ha definido como un ser privilegiado que está por encima de todas las clases sociales. Hasta el mismo Marx creyó, en determinado momento, que el intelectual representaba la conciencia crítica, la universalidad immanente. Pero, más tarde, al criticar la filosofía de Hegel, descubre que el intelectual encarna la especialización más típica y expresiva de la alienación humana, pues es un ser que está aislado y, por la propia naturaleza de su trabajo, volcado sobre sí mismo. Autodeterminación individualista que es la base de la pérdida de sí, como ser humano universal. El intelectual, para Marx, convierte su vida en una traición al hombre real y verdadero, es el original, el "snob", el exótico, una figura peregrina. Extrañeza que teorizó Baudelaire como bohemia, y Walter Benjamin explicó como aislamiento o melancolía de la singularidad, por querer sentirse diferente de

(1) Jan Patocka: Los intelectuales ante la nueva sociedad, prólogo de Carlos Paris. Akal Editor. 1976.



los otros hombres. Por último, Sartre, en "El idiota de la familia", nos describe al intelectual como un alienado por su obra artística, un empresario utilitario de las letras y un burgués enamorado de sus propios productos. Aparece, pues, el intelectual condicionado por la sociedad burguesa, en general, y por su alienación básica, en particular. Y se da en él la paradoja: odia al burgués teóricamente y lo desprecia, porque vive del beneficio, pero es también como el burgués, pues se nutre del ideal de sí y para sí mismo.

El error de Jan Patocka radica en creer que los intelectuales poseemos "una generalidad y categoría o elemento filosófico dentro de nosotros". Esta razón independiente le sirve de base para demostrar que se trata de criaturas superiores al resto de los mortales, porque no viven condicionados por el mecanismo social. Para fundamentar su visión, el autor emprende la revisión crítica de la antropología de Marx. Piensa que el marxismo está demasiado ligado al objetivismo de las ciencias naturales y al mecanismo social. Es preciso completarlo con la fenomenología y el existencialismo, que estudian las motivaciones individuales, la actividad y la conciencia, para lograr esclarecer la función histórica del intelectual. Para el autor, el intelectual escapa a la servidumbre de las leyes causales de la sociedad y se determina a sí mismo, apareciendo como una conciencia crítica de la historia.

Esta personalidad, todavía desdibujada, nos lleva a preguntarnos: ¿es el intelectual el revolucionario profesional del "Qué hacer" de Lenin? Ellos también

constituían un grupo de hombres que introducía, desde fuera, la conciencia al proletariado. Pero el revolucionario profesional, es un hombre de acción que se olvida de sí mismo, de su destino individual. También el intelectual orgánico, de Gramsci, termina por incorporarse al movimiento histórico de la clase obrera. No son, pues, intelectuales puros en el sentido de Patocka. A su vez, Juan Goytisolo y un gran nove-

lista checo, ha descubierto que la nueva clase social que gobierna los países socialistas son intelectuales; revolucionarios profesionales o intelectuales orgánicos. Sin embargo, el autor afirma que en el capitalismo y el socialismo, con la eliminación del trabajo físico en la industria, "la producción se convierte en un proceso primordialmente racional y no ya orgánico-material", y aunque no es el proletario el que dirige el proceso industrial, sino los intelectuales o técnicos, éstos todavía no han conquistado el poder. Ahora bien, si los obreros ya no son la cabeza de la revolución, la nueva vanguardia estará constituida por intelectuales y técnicos. No se trata de la proletarización o masificación de los intelectuales y su incorporación en la clase obrera, por una coincidencia de intereses frente a los grandes monopolios. Por el contrario, el autor cree que intelectuales y técnicos constituyen, por sí mismos, una clase nueva y original. Esta discutible tesis ignora que el obrero se ha tecnificado, intelectualizado y que el trabajo manual siempre ha sido intelectual.

Sin duda alguna, hay rasgos característicos en el trabajador

El poeta Herrera Petere

"La muerte es muchas veces un templado vapor de humedad llorosa un techo blanco de madera pintada en una alcoba extraña orientada hacia el Sur".

Estos versos cobran hoy toda la tragedia de la realidad, por lo que tienen de incumplimiento de un deseo: la vuelta al Sur, a España, con la que llevaba soñando el poeta tantos años. Tantos, que uno de sus libros más conocidos, publicado en 1956, lleva este significativo título: "Hacia el Sur se fue el domingo".

Nacido en Guadalajara en 1910, José Herrera Petere cursó estudios universitarios en Madrid, sin ninguna ilusión. Sus primeros poemas, de tono su-

rralista, aparecieron en la publicación de Giménez Caballero, "La Gaceta Literaria", en 1930. Colaboró más tarde en "Octubre", que dirigió Alberti. Su primer libro, sin embargo, fue un tomo de novelas cortas, "La parturienta".

Durante la guerra civil, Herrera Petere formó como voluntario del famoso 5.º Regimiento, en cuya publicación "Milicia Popular" y en "El Mono Azul", comenzó a publicar sus famosos romances. Alberti, que le conoció por esas fechas, cuenta que Herrera Petere "es de alguna manera una especie de sobrino, un sobrino que conocí un verano en los valles de la sierra del Guadarrama. ¿Tenía entonces diecinueve años? Yo no sé, pero ya era el poeta geográfico más original de esa enorme sierra. Conocía los nombres más preciosos de las montañas, los ríos, los pueblos, los caminos y los albergues, y estos nombres los colocaba en sus poemas con el júbilo infantil del escolar impuesto en la materia. Poseía el don irresistible de inventar palabras o de disponer éstas de tal manera que ellas parecían surgir